



Espacios Públicos

ISSN: 1665-8140

revista.espacios.publicos@gmail.com

Universidad Autónoma del Estado de México

México

López Martínez, Mario

Viejas y nuevas fronteras: de la caída del Muro al siglo XXI. Ensayo de reflexión desde la no-violencia

Espacios Públicos, vol. 16, núm. 36, enero-abril, 2013, pp. 9-35

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=67626913004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Viejas y nuevas fronteras: de la caída del Muro al siglo XXI. Ensayo de reflexión desde la no-violencia

Old and new frontiers: from the fall of the wall to the XXI century.

Reflexion essay since non-violence

Fecha de recepción: 10 de agosto de 2012

Fecha de aprobación: 5 de octubre de 2012

Mario López Martínez*

RESUMEN

Este artículo pretende analizar cómo se han producido cambios importantes en el mundo tras la caída del Muro de Berlín. Se ha acentuado la idea de un solo mundo, un solo sistema económico mundial, una sola humanidad. Se han producido importantes transformaciones: pérdida de legitimidad y de soberanía de los estados-nación, expansión del proceso de globalización, se ha extendido la idea de crisis civilizatoria, se han incrementado nuevas guerras asociadas a geopolíticas neoimperialistas, etc. Tras una década, 1989-1999, de optimismo internacional se ha pasado al pesimismo que inaugura el siglo XXI. La violencia estructural y física han aumentado significativamente, sin embargo, también han aumentado las diversas formas de protesta, intervención y vigilancia de la sociedad civil, tanto desde la defensa de los derechos humanos, como diferentes formas de la resistencia civil. Goliath ha aumentado su tamaño y los problemas que crea en el Planeta, pero David sigue denunciando que esta vía sólo conducirá a más violencia, más sufrimiento y más muertes. David recuerda que es necesario asegurar las bases por las que se humanice a la humanidad.

PALABRAS CLAVE: Frontera, estados-nación, globalización, geopolítica de la guerra, guerra fría, resistencia civil no-violenta.

ABSTRACT

This article aims at analyzing significant changes experienced worldwide after the fall of the Berlin Wall. It focuses on the idea of one world, one world economic system and one humanity. Important transformations have occurred: loss of legitimacy and sovereignty of nation states, expansion of the globalization process, dissemination of the civilization crisis idea and proliferation of new wars associated with geopolitical neo-imperialism, etc. After a decade of international optimism (1989-1999), we have moved to the pessimism that marks the twenty-first century. Structural and physical violence have significantly increased, but also have the various forms of protest, intervention and civil society monitoring, both to defend human rights and as an expression of different forms of civil resistance. Goliath has grown with the problems it creates on the planet, but David continues to report that this course will only lead to more violence, more suffering and more death. David recalls the need to ensure the conditions through which mankind is humanized.

KEY WORDS: Frontiers, nation states, globalization, geopolitics of war, cold war, non-violent civil resistance.

* Universidad de Granada, España / mariol@ugr.es

INTRODUCCIÓN

- ¿Qué significa «efímera»?
- *Las geografías -dijo el geógrafo- son los libros más valiosos de todos los libros. Nunca pasan de moda. Es muy raro que un océano pierda su agua. Escribimos cosas eternas.*
- *Pero los volcanes extinguidos pueden despertarse -interrumpió el principito-.*
- ¿Qué significa «efímera»?
- *Que los volcanes estén extinguidos o se hayan despertado es lo mismo para nosotros -dijo el geógrafo-. Lo que cuenta para nosotros es la montaña. La montaña no cambia.*
- *Pero, ¿qué significa «efímera»? -repitió el principito que, en toda su vida, no había renunciado a una pregunta, una vez que la había formulado.*
- *Significa «que está amenazado por una próxima desaparición».*

(Antoine de Saint-Exupéry, 1978: 68)

¿Son las fronteras efímeras como dijo Antoine de Saint-Exupéry? Con este ensayo pretendo demostrar que sí, al menos como prospectiva de lo que se avecina: un mundo que cambia, de manera acelerada, no sólo conceptos que parecían muy bien anclados en el tiempo y el espacio, sino paradigmas y creencias científicas incuestionables. Como historiador e investigador para la paz y los conflictos, y desde la perspectiva de la no-violencia, pretendo relativizar el sacrosanto principio de la soberanía nacional, las fronteras estatales y los conflictos geopolíticos, para apostar por un fenómeno vertiginoso e interesante que denominamos globalización, no tanto para asumirlo acríticamente, sino para tratar de examinar lo negativo y lo positivo que este proceso conlleva.

Como irenólogo, mi apuesta es por la paz por medios pacíficos, por la liberación de la

gente de prejuicios y atavismos, por denunciar viejos paradigmas que cuestiono fuertemente (la violencia como método, la creencia en la obediencia, la necesidad de un chivo expiatorio, la verdad única e indiscutible, el miedo como mecanismo de control social, la división del mundo entre el bien y el mal, el crecimiento ilimitado o la necesidad de dividir la sociedad entre “nosotros” y “ellos”) (Martínez Hincapié, 2011: 125-204). Lo hago no sólo desde una ética de principios, sino desde el más puro pragmatismo y la observación de los fenómenos históricos, pues a esto me dedico.

Pero el historiador irenólogo no sólo observa, analiza y extrae conclusiones, sino que tiende a realizar una ciencia aplicada, a formular recomendaciones y atisbar soluciones y terapias a los problemas y conflictos que investiga. No sólo ejerce como notario sino que apuesta por la innovación social. En este caso, analizar las

oportunidades y potencialidades que ofrece un mundo globalizado para mejorarlo y permitir que se reduzca, al máximo de lo posible, cualquier tipo de violencia(s) y se desarrolle, también al máximo de lo posible, el bienestar de todos, especialmente, de quienes más lo necesitan (el *sarvodaya* gandhiano, López Martínez, 2006:141). No son sólo palabras bienintencionadas sino una orientación ético-política sobre qué investigar, con quiénes y para qué.

En este ensayo sobre lo efímero de las fronteras me voy a mover entre dos macro fenómenos o coordenadas: la decadencia de los estados-nación y la expansión globalizante de los dominios y los mercados en una etapa de corta duración: desde la caída del Muro de Berlín hasta la sociedad actual. Un proceso vertiginoso que apunta a la pérdida de legitimidad de los primeros y la extensión desorbitada y externalizante de los segundos.

Esas coordenadas a las que me refería son las conocidas tesis de Immanuel Wallerstein (1984) sobre las formas de expansión (imperialista) del capitalismo desde la modernidad, y las de Charles Tilly (1992a) sobre la formación de los Estados-nación, escritas respectivamente entre la década de los setenta y finales de los ochenta, resultan cabalmente complementarias. Si bien, no es menos cierto, que no todos los Estados-nación han utilizado y han necesitado la fórmula imperialista para expandir sus mercados, al menos implicando con ello: imposición y violencia.

Otra de las cuestiones de interés que quiero resaltar es cómo los denominados procesos de globalización resultan bastante antiguos –al menos bastante más de lo que ahora machaconamente se repite–; si bien no desmentimos que en los últimos 50 años se han acelerado aquéllos por una multiplicidad de factores políticos, económicos, técnicos y psicológicos que tienen mucho que ver con variables objetivas pero no menos, también, por razones perceptivas (García Canclini, 2001; Chapman, 2011). A ello han contribuido desde el sistema bipolar, pasando por la articulación de redes en la sociedad internacional (Naciones Unidas y el complejo sistema financiero Bretton-Woods), el desarrollo de las comunicaciones por ondas, internet, etc., hasta la persistente y potencial amenaza del holocausto nuclear o el deterioro de algunas de las condiciones climáticas de la biosfera (Denis y Greilsamer, 2011 y Ph. Bovet *et al.*, 2008).

Otra precisión de interés, al menos para nosotros, tiene que ver con el propio concepto de frontera. Este término o, mejor, categoría analítica no siempre significó lo mismo y, probablemente, en el futuro seguirá siendo –allí donde las haya– un concepto servido para la polémica y la disputa. Históricamente no fue lo mismo el concepto de frontera en el mundo romano, llamado en múltiples ocasiones *limes*, que venía a ser una expresión amplia, cambiante e imprecisa, en ocasiones una mera distinción lingüística o cultural entre el «nosotros» y

el «ellos» (Fernández Buey, 1995: 47); que ese mismo concepto en la época moderna, especialmente tras la paz de Westfalia, donde la precisión, la limitación y la estabilidad de los confines y linderos se hizo razón de Estado o de imperio, no cabían ligerezas o laxitudes – como hace años ya nos había señalado Prescott, 1978–, sino la mayor de las exactitudes (no conseguidas, técnicamente, sino tras el siglo XVIII), a lo que puede ser en la actualidad la agrimensura que permiten los satélites pero, especialmente, las ideas que interiorizamos de que capitales y personas –éstas últimas más con el turismo que con el derecho a vivir en cualquier lugar–, pueden gozar de una libertad que atraviesa fronteras.

Por último, entre las precisiones iniciales, quisiera señalar qué denomino en este ensayo por vieja o nueva frontera (lo viejo y lo nuevo). Me refiero a la primera como a las soberanías estatales o nacionales que tanta importancia han tenido (en los últimos doscientos años, aunque el proceso comenzó mucho antes) y aún tienen (aunque con una evidente pérdida de legitimidad); ellas determinan todavía nuestra vida diaria, así como muchos de nuestros comportamientos y actitudes. Respecto a las segundas, aludo a lo que se denominan procesos de globalización (expansión mercantil, deslocalización, guerras y seguridad globales, etc.), los cuales están irrumpiendo de una manera cada vez más activa y determinante en nuestros comportamientos culturales, políticos y económicos.

La *tensión emocional* entre una y otra constituirá una de las realidades insoslayables del siglo XXI. Pero he de añadir algo importante para este ensayo desde esa *tensión emocional*, desde mi posición ético-política no-violenta, al igual que hubo sus resistencias y luchas dentro de las viejas fronteras (estados-nación) que podríamos definir, siguiendo a Krippendorf (2003), como el arte de no dejarse gobernar por aquello que se percibe o se siente que perjudica o es injusto (falta de libertades, represión, derecho al voto, conquistas sociales y un largo etcétera), la globalización traslada, sin pretenderlo, ese mismo malestar al ámbito transnacional. Dicho en positivo: las resistencias y las luchas han pasado a ser más importantes, en escenarios globales y con perspectiva transnacional, lo que la globalización facilita insisto, sin pretenderlo, pero además si se hacen mediante sistemas de redes y nodos, donde David acaba por encontrar a Goliat –parafraseando a García Canclini (2001) pero en sentido inverso– y, lógicamente, le planta cara (foros sociales mundiales, Ong's de denuncias, intervenciones no-violentas en conflictos internacionales, Anonymus, 15-M en España, etcétera).

Pues bien, la historia del planeta en los últimos 500 años –por poner el límite cronológico utilizado por Noam Chomsky (1991)– nos pone de manifiesto algunas macro-realidades:

1º La evidente interdependencia del mundo, un proceso que ha dado como resultado una compleja retícula relacional e interde-

pendiente no siempre de forma simétrica, pero que acabará por marcarse aún más con el acelerado grado de mundialización-globalización material y cultural cuyo significado y valoración es difícil de prever, existiendo en este terreno desde el optimismo ingenuo hasta las visiones apocalípticas.

2º La responsabilidad del *hombre blanco* en este proceso, de varios siglos, resulta determinante (Rodríguez Adrados, 2010: 539 y 540). Así la difusión de las mentalidades europeas a través del expansionismo comercial, geopolítico, tecnológico, lingüístico, religioso y cultural resultan apabullantes, aun cuando estos valores en expansión no han sido nada homogéneos, salvo en que han afectado enormemente a otras geografías, pueblos y culturas distintas a las de su procedencia (Amin, 1989 y Cauchy, 1992: 197-204). Asimismo, sin entrar por el momento en valoraciones positivas y negativas resulta un hecho innegable que, por conocido, solemos pasar por alto. Y

3º Recogiendo el argumento anterior, no resulta menos cierta una aparente contradicción con la segunda premisa (a pesar de la presencia del hombre blanco) que es: la persistencia de la multiculturalidad, en principio un fenómeno que va más allá de lo que se entiende como adaptación varietal de las sociedades a la geografía donde viven (clima, paisaje, etc.). Persistencia a

pesar de la expansión imperialista europea occidental que se ha venido imponiendo a civilizaciones y culturas con un grado de tecnología 'inferior', y que han podido ser conquistadas, dominadas e, incluso, exterminadas (una de las proyecciones más negativas de Europa en el mundo). Pues bien, a pesar de todo ello ha sobrevivido una realidad multicultural, en donde cada vez son más expansivos e inevitables (lo digo como algo muy positivo) los espacios interculturales. Habría que decir, incluso que en los estadios históricos más sombríos de la Conquista, los de mayor violencia, siempre resultaron aconsejables y compatibles procesos de mestizaje biológico, político y cultural (Denis, Greilsamer y Azcárate, 2010a).

Igualmente, la historia de estos últimos 500 años ha demostrado que los territorios, como las fronteras que los limitaban, han sido motivo esencial de discordia entre los hombres, los pueblos y sus gobiernos. Dejando muy claro que las fronteras no son trazos naturales, sino artificios sociales y políticos, ardides desplegados además con toda suerte de arbitrariedad y discrecionalidad por derecho de conquista, por tradición o presencia cultural, o por conveniencia política (Cowen y Gilbert, 2008).

En consecuencia, las fronteras han sido siempre móviles, dinámicas, inestables (y hasta efímeras), igual que el resto de las

manifestaciones humanas y sociales. Es decir, una consecuencia natural de la actividad humana y de su historicidad. En este sentido, los Estados y sus ordenamientos jurídicos han hecho todo lo contrario: han querido sacralizar, eternizar y bendecir los límites territoriales, marcando las jurisdicciones de los Estados y los confines de sus espacios utilizando para ello, si fuese preciso, hasta los más peregrinos argumentos o justificaciones. El efecto de ello ha sido multiplicador, sobre todo en manos de la cultura nacional y de la educación estatal, llegando los ciudadanos a interiorizar, como valores incuestionables, los conceptos de límites territoriales y fronteras nacionales.

En realidad, la historia y la vida demuestran que las fronteras suelen ser más imaginarias que reales y están donde nuestra voluntad política o cultural las quiere poner, a pesar de la obligatoriedad del pasaporte y del peso de la nacionalidad allí donde viajamos o vivimos, las fronteras, no sólo las físicas, son actos volitivos de los seres humanos y desaparecen cuando nosotros queremos que desaparezcan.

EL MODELO DE ESTADO-NACIÓN OCCIDENTAL EN LA CONFIGURACIÓN DE LAS FRONTERAS Y LOS TERRITORIOS: IMPLICACIONES POLÍTICAS Y CULTURALES

Quiero empezar remarcando cómo los europeos somos herederos de un modelo de Estados

que Charles Tilly (1992b) ha calificado como grandes, consolidados, centralizados, con fronteras netamente definidas, que empezaron a extender su dominio desde los siglos XVIII (aunque nosotros pensamos que mucho antes) y que se convirtieron en paradigma determinante para el mundo poscolonial asiático y africano. Esto ha tenido múltiples implicaciones a lo largo de los últimos cinco siglos. Por una parte, el modelo de construcción del Estado en la época moderna: caracterizado por un fuerte proceso de uniformización cultural, religiosa, lingüística y racial, según el cual los súbditos del rey habían de tener una única lengua, una única religión, una única raza (muy al contrario que el viejo concepto de ciudadanía romana bajo el Imperio). En este sentido las monarquías autoritarias y absolutistas europeas se encargaron de realizar las suficientes guerras de religión (en una clara competencia hegemónica), no sólo entre católicos y protestantes, sino contra el Islam, y las suficientes persecuciones mediante tribunales religiosos e ideológicos (especialmente contra el judaísmo y las iglesias cristianas minoritarias), *limpiando* de disidentes sus territorios.

El resultado más inmediato fue la homogeneización de la población y de las soberanías territoriales una vez finalizada la vieja idea de imperio de la cristiandad procedente del mundo medieval (Doyle, 1986; Fletcher y Roper, 2008). Asimismo, el modelo de Estado-nación burgués liberal reafirmó y reforzó esta política. La identificación del pueblo con

el concepto restrictivo de nación permitió la exclusión social y política de todos aquellos que no pertenecían a un mismo territorio, a aquellos que no tenían una misma lengua y una misma cultura (Smith, 1997: 1-90). Igualmente los modelos educativos burgueses reforzaron esta situación pan-nacionalista (Hobsbawm, 1991) que alimentaría rivalidades entre pueblos y naciones, fomentando en muchas ocasiones diferencias raciales, étnicas, o de otro tipo, que —con el paso del tiempo— se han visto como falsas y malintencionadas (Guirbernau, 1996: 147-156). Por último, esas políticas de exclusión y diferenciación han fomentado la construcción de auténticos *demonios familiares* dentro de Europa, traducidos, a veces, en verdaderos genocidios aunque no sólo privativos de Europa (Ives Ternon, 1995 y Glover, 2001). Es el caso, no sólo del aislamiento o la persecución de muchas minorías (gitanos, judíos, musulmanes, católicos en países protestantes, o viceversa, eslavos en Alemania, etc.) (Denis y Nouchi, 2012); sino la permanente (por estridente) rivalidad o reciprocidad negativa entre los nacionales europeos (Aron, 1985: 356-364): españoles contra franceses, italianos contra austriacos, ingleses contra franceses, rusos contra polacos, y así un largo etcétera. Camino tortuoso que una nueva Europa integrada como federación habrá de desandar.

Algunos de los resultados de este complejo proceso histórico han tenido y siguen teniendo múltiples implicaciones para el futuro, tales como que: Los europeos nos

contemplamos como una sociedad completa, cerrada y terminada; hemos sido educados para vernos como autosuficientes frente a los otros continentes y a las otras culturas. Practicamos una suerte de tolerancia negativa (sólo aceptamos a los demás si no nos molestan). Carecemos aún de una ideología positiva hacia ciertos fenómenos transnacionales, transculturales o transfronterizos, como es el caso de las migraciones de África a Europa (Arango, 1994: 70 y 71). Estas cuestiones se contemplan como peligrosas y negativas. Cuando, al contrario, tienen efectos muy positivos y enriquecedores en nuestras viejas sociedades, puesto que reafirman el futuro y la realidad que serán multiculturales (Fermoso, 1992). Y, a fortiori, persiste el ultranacionalismo esencialista en Europa: como refugio de miedos, temores y ansiedades (como se ha podido comprobar en la post desmembración de la URSS o el enjambre de los Balcanes). Ni siquiera la construcción de la Unión Europea ha podido romper con esta tendencia defensiva hacia lo ajeno, lo extranjero, lo internacional. El miedo a la pérdida de identidad esencialista está siendo uno de los peligros más importantes en toda Europa y se deja ver —como en el filme, de 1995, *El día de la bestia* de Alex de la Iglesia— con la proliferación de grupúsculos parafascistas muy violentos que campan ante una cierta indiferencia social generalizada (Florentín, 1994: 19-47). Pero que, no olvidemos, esa es una mera manifestación externa de una violencia sistémica extremadamente compleja que arrastra

una laberíntica mitología y mercadotecnia de la violencia como sostén epistemológico de nuestras sociedades (Chesnais, 1992: 221-223).

Fuera de Europa, la traducción efectiva del modelo político, económico y cultural occidental ha sido —especialmente en las geografías que fueron colonizadas por esas mismas naciones europeas—: la creación de múltiples territorios que han construido Estados-nación de carácter unitario, centralista y uniformizador, imitando, cuando no sufriendo, los moldes eurocéntricos; y, desechando, en consecuencia, otras posibilidades, tanto institucionales (federalistas, confederadas o plurinacionales); como las potencialidades autóctonas (que tuvieran en cuenta la variedad y multiplicidad de lenguas, etnias, pueblos, culturas, y educaciones). El resultado ha sido, por ejemplo, un enjambre de guerras (incluso genocidios como una forma de refundación estatal) y espacios de militarización (Kirsch y Flint, 2011: 49 y 133).

En esos complicados procesos de descolonización el trazado de las fronteras ha jugado un papel esencial que, en muchas ocasiones, ha alimentado conflictos terribles, en gran medida no sólo por el diseño artificioso y rectilíneo de las mismas sino, sobre todo, por las categorías introducidas bajo la dominación colonial. Así a las distinciones antiguas de los *clanes*, *órdenes* y *castas*, se les añadieron otros nuevos patrones tales como la *nacionalidad colonial* (francesa, inglesa, portuguesa, etc.), las nuevas *divisiones religiosas* introducidas

por el conquistador (católicos y protestantes, junto a partidarios del Islam) o el concepto de *raza* (blancos, negros, amarillos, mulatos, etc.), así como otro tipo de divisiones étnicas un tanto forzadas o, al menos, con una intencionalidad segregacionista (ejemplo como hutus y tutsis, zulúes y xhosas, ibolenses y yorubas, etc.). Con ser esto complicado habría que añadir aún más categorías, una vez que se culminaron los procesos de descolonización, puesto que nacieron: la *identificación territorial* (nacionalismo de los nuevos países); la nueva *identificación étnica* (o neo-tribalismo); la exaltación de nuevos valores —en el caso de África— como el *panafricanismo* o la *africanidad* (negritud), o el *panarabismo* (Balivar y Wallerstein, 1991; Álvarez Dorronsoro, 1993).

Cabría introducir otro concepto de matriz jurídica que fue la *ciudadanía*, lo que chocaba con pueblos nómadas del Sahara o del cinturón sudanés como era el caso de los tuaregs. Evidentemente habría que señalar que tras cada una de estas categorías se esconden formas de dominación política, administrativa, económica y cultural; siendo esencial para estar entre las clases sociales dominantes pertenecer a la categoría dominante concreta del Estado-nación concreto. De cómo se resolverá en el futuro este intrincado paisaje dependerá de la progresiva aniquilación de las fronteras (de, al menos, sus rasgos más negativos) y, sobre todo, de la potenciación de las múltiples formas de convergencia humana, junto a las clásicas resistencias.

GEOPOLÍTICAS (PARA LA GUERRA) Y GUERRA FRÍA

Desde las advertencias de Tucídides (s. v a.C.) en el Libro v sobre el debate de los Melios, hasta el propio Winston Churchill (1962), desde su experiencia como periodista en el *Morning Post* en Sudáfrica, hasta su magistratura como premier británico, la relación entre creación de fronteras y guerra formaría parte del destino de toda sociedad moderna con voluntad de imperio, como era el caso de la que él era su representante. La guerra era el instrumento más importante para crear imperio, ampliar fronteras y someter al dominio a pueblos y territorios. En este mismo sentido, la paradoja es que las dos guerras mundiales fueron sobre todo ejemplos de la *levedad de las fronteras* y del poco respeto hacia la autodeterminación de los pueblos en los procesos de construcción nacional. Con las conferencias de Teherán, Yalta y Postdam se demostró que las potencias vencedoras de la Guerra se dividieron el mundo desde el punto de vista físico e ideológico en esferas de influencia (Loth, 1988) y ha sido una inercia difícil de detener a pesar del ensimismamiento de uno de sus principales actores: Europa (Wakeman, 2003: 134 y 135).

Muchos actores (Estados, multinacionales, grandes bancos, etc.) actúan como si fuera el mundo un enorme tablero de ajedrez, donde ellos disponen las piezas a su antojo. En este contexto, pareciera que conceptos como

soberanía popular, democracia y todos los valores de la modernidad fuesen aniquilados por la geopolítica de las decisiones de volver a crear otra humanidad (a través de la guerra como expresión del derecho del más fuerte). En realidad se trata de una *weltanschauung* (cosmovisión del mundo), tal y como han señalado Ofstad y Pontara: unos dominan a otros, en una comunidad despiadada, donde se guardan ciertas formas o reglas entre los que dominan para no hacerse daño pero sin mucha piedad hacia los demás. Ofstad, Pontara y Glover señalan que, durante la guerra fría, se afianzaron comportamientos que eran más propios de la cosmovisión nazi que de democracias liberales o regímenes de socialismo de estado: la visión del mundo como un teatro de operaciones, el derecho absoluto del más fuerte, la desvinculación de la política de todo límite moral, el elitismo, el desprecio por el más débil, la glorificación de la violencia, el culto de la obediencia absoluta y el dogmatismo fanático (Ofstad, 1989; Pontara, 2006: 29 y 30; Glover, 2001: 178 y ss). En este caldo de cultivo la guerra se puso, de pleno, al servicio de la geopolítica, exportando violencia estructural y armas a lugares donde se experimentaron todo tipo de conflictos con muertes y sufrimiento (Broudie, 1978; Gutman y Rieff, 2003).

Así, en el contexto de guerra fría, el *continente americano*, con la excepción de Cuba, fue campo exclusivo de los Estados Unidos. En tal sentido, a través de diversas

políticas como la preservación de la seguridad nacional; o del desarrollo dependiente, cualquier veleidad socialdemócrata o social populista fue criminalizada por las agencias que trabajaban defendiendo los intereses imperialistas. La falta de esperanza al no poder culminar un conjunto de transformaciones llevó a parte de estas sociedades latinoamericanas, a apoyar la creación de guerrillas, algunas de las cuales fueron financiadas por la URSS y, muy pocas, por China (ILDIS, 1978 y Mires, 1988), así como a una gran represión realizada no sólo por los ejércitos nacionales sino por grupos paramilitares y escuadrones de la muerte (el ejemplo colombiano en Pizarro, 2004), que sembraron de muerte y fosas el territorio (Funari y Zarankin, 2006); cuando no el desarrollo vertiginoso de las economías ilegales: droga, prostitución, blanqueo, inmigración, etc., (García Canclini, 2001, PANORAMA SOCIAL, 2005; Cueva Perus, 2006; Santana, 2004; Sandoval Forero y Salazar, 2003). Uno de los resultados fue el inmovilismo social e institucional o que, como en el caso de Colombia, desde mi perspectiva no-violenta, sean los actores armados los que digan dónde está el punto de saturación de la violencia que puede soportar esa sociedad (López Martínez, 2006: 65 y 66.)

En el caso de *África*, la pugna ideológica entre las superpotencias llevó a la alimentación y proliferación de «guerras periféricas», que agotaron pueblos y recursos. La consecuencia inmediata fue que África se convirtió en un

mercado propicio para la venta de armas convencionales. Y su corolario: la falta real de soberanía de estos nuevos Estados, y la proliferación de regímenes dictatoriales cuyos mandatarios y sus élites eran mantenidos a cambio de firmar pingües contratos con las antiguas o las nuevas metrópolis. La duración media de conflictos (SIPRI, 2009) en Etiopía, Sudán, Namibia, Chad, Mozambique, Angola, demuestran no sólo la influencia negativa del mundo bipolar rígido, sino la persistencia y la fijación de los patrones postcoloniales de dependencia y subdesarrollo de las economías del Sur (Ki-Zerbo, 1980), a pesar de haber habido conflictos antes de la colonización (Ki-Zerbo y D.T. Niane, 1997) y de ser entidades con identidades en movimiento (Ben Arrous y Ki-Zerbo, 2009). Igualmente se debe a negligencias coloniales, a la indiferencia internacional y a la inoperatividad de Naciones Unidas (cuando ésta se encierra en el Consejo de Seguridad), el que todavía puedan existir situaciones lacerantes como las del pueblo saharauí. Sin embargo, el concepto de injerencia humanitaria ha tenido, por contra, más resultados positivos de los que cabía esperar (al margen de fallos y cálculos como en Somalia) y, quizá por la importancia que han ido adquiriendo los nuevos movimientos sociales en los países del Norte (por ejemplo en la campaña contra el Apartheid, tal y como señala Antonio Cassese, 1991: 177). Un continente a la deriva, donde la geopolítica de la guerra hizo estragos no sólo en los niveles del IDH (Índice de

Desarrollo Humano) sino en décadas perdidas en multiplicidad de externalidades y señores de la guerra (Reno, 1999 y Boulden, 2003).

Por último, en el caso de *Asia* convergieron algunos otros procesos junto al clásico pleito entre Estados Unidos y la URSS: la división del comunismo entre la vía soviética y la maoísta fue, quizá, el más notorio de todos ellos. Esta cuestión alimentó conflictos, entre ellos los fronterizos, y han sido motivo de la confección de alianzas anti-natura o de la extensión de antagonismos durante décadas en la zona de Indochina (Berg y Graml, 1982). Asimismo, la cuestión de las confesiones religiosas han movido –tanto o más– energías y fuerzas en el trazado de las fronteras poscoloniales: los casos de la India y Pakistán, los de Bangladesh, los del Tíbet, Sri Lanka, o los de Timor Oriental son los más conocidos. No sólo la religión ha marcado identidades culturales, étnicas o lingüísticas sino, sobre todo, políticas y geoestratégicas en el reparto de influencias de las superpotencias, de las potencias occidentales (Francia y Gran Bretaña), de las potencias asiáticas (China y Japón). En este sentido, las grandes religiones: hinduismo, budismo, islamismo y cristianismo, junto a muchas otras creencias espirituales son las que marcan los espacios más allá de la territorialidad convencional, no teniendo porqué ser aquéllas una consecuencia con resultados negativos, tal como nos señala Galtung (1993). Sin embargo, en conjunto, resulta otra muestra más de que la religión puede ser una buena excusa para estirar

las fronteras hasta donde se quiera (Denis y Frachon, 2010b: 68 y 69).

LA EXPLOSIÓN NACIONALISTA Y TERRITORIAL TRAS LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN

El final de la tensión bipolar y de los procesos de *planificación democrática centralizada* en el seno de las sociedades bajo la esfera soviética han liberado un conjunto complejo de fuerzas endógenas, que han buscado –desde la caída del Muro– su propia identidad histórica y cultural, recuperando e interpretando su pasado que, a veces, se ha traducido como un regreso a lo religioso, a lo etno-nacional, a lo conservador o, a una asunción acrítica del capitalismo. Esta nueva cosmovisión ha dado lugar a una evidente “cartografía incierta”, no tanto entre las repúblicas bálticas sino entre las caucásicas y las situadas en el Asia central (Cheterian, 2009) y, cómo no, entre la zona de los Balcanes (Peñas Esteban, 1997: 223 y 224, Ruiz Jiménez, 2010 y Vinuesa, 2002).

Estas nuevas tensiones e incertidumbres en las viejas repúblicas del “socialismo real” han creado nuevas situaciones de inestabilidad que irán generando nuevos interrogantes en este, por ahora, calificado como periodo de posguerra fría a falta de que exista un mayor consenso sobre si estamos inaugurando el declive del poder norteamericano o la etapa que se abrió con la caída de las Torres Gemelas (Wallerstein, 2005: 177 y 178). El *nuevo* nacionalismo ha

sido fruto del final de la sujeción de estos países al poder hegemónico soviético (Letonia, Estonia, Lituania) o paneslavo (Eslovenia, Croacia, etc.); han sido un claro refugio ante las incertidumbres políticas y económicas (Eslovaquia, Bielorrusia); han sido un nicho para viejos ex-comunistas deseosos de seguir controlando esferas de poder (Serbia, Bulgaria, Rumanía, Hungría); y, aún, para otros muchos, la fase imprescindible para la reconstrucción moral, social y política de estos países que antes de 1945 pertenecieron a los valores representados por el capitalismo (Chequia, Polonia, etcétera).

Todo esto ha implicado y, creemos que implicará, en algunos casos, volver a reproducir viejos comportamientos culturales como el rescate del paneslavismo, germanismo, magiarismo, croatismo, eslovenismo, etc., que no se agota con la adopción de las economías de mercado y de discursos de modernización político-social. Destacando que esta última lógica ha reproducido parecidos esquemas generales a situaciones vividas en 1914 –con todas las diferencias obvias–, pero que ha implicado en los Balcanes, y su guerra, no sólo la escasa reputación de la PESC (Política Exterior y de Seguridad Común) de la Unión Europea, sino veleidades en la toma de decisiones de algunos países (el caso alemán) de la vieja *Mitteleuropa*. Con todo conviene señalar que esas transiciones de la economía de Estado a las de mercado que derretirán y harán porosos todos los telones de acero que queden, estarán

jalonadas por traumas si Europa (incluida Rusia) no aclara su posición y liderazgo en su propio continente. Toda vez que destruidas las dos columnas esenciales de esos regímenes: ejército y partido han sido borrados del mapa o humillados, a falta de una auténtica sociedad civil organizada (Howard, 2003), serán «otras» instancias las que ocupen ese espacio de desorganización (mafias, nuevos ricos, nostálgicos del pasado, nuevos populismos, etc.). Un problema que puede enquistar y condicionar los resultados deseados de la transición, no sólo de los sistemas políticos sino de la ciudadanía. Así como muchos de estos procesos se han hecho sin hacer un adecuado balance del pasado (rendición de cuentas, responsabilidades políticas, etc., Barahona de Brito y Aguilar Fernández, 2002), apostando por una reconciliación sobre el incierto futuro.

Igualmente, el fin de la Guerra Fría ha rescatado del olvido o del segundo plano algunas de las tensiones endógenas en los sistemas occidentales, en muchos niveles de expresión, como la insatisfacción ante los tradicionales modelos de Estados-nación contruidos durante el siglo XIX, en unos casos clara expresión del final de las soberanías estatales en favor de la regionalización continental que ha pulverizado fronteras (integración europea); en otros, como persistencia de focos etnonacionalistas como el Ulster, País Vasco, Padania, Escocia, Flandes, Córcega, Kosovo y Macedonia, etc., que, quizá el final (un verdadero final) de la guerra fría, ayudará a aliviar parte de esas viejas tensiones.

Sin embargo, esta cuestión etnonacional no resulta nueva.

Lo que verdaderamente cambia con la posguerra es la crudeza con la que se ha manifestado la crisis del modelo de desarrollo socialdemócrata de la otra postguerra, el fin del ciclo económico expansivo (alerta hecha en 1973, 1979 y 1989, como señala Torres López, 1995: 15-54) y las dificultades del Welfare State a favor de un *neoconservadurismo* y de un *neoliberalismo* rampantes (Mishra, 1992). No sólo es una cuestión de balance macroeconómico –parece que relativamente fácil de superar en algunos de sus conceptos (Torres López, 1996)– sino el abordaje ideológico (fin de la historia y pensamiento único) de los niveles de bienestar y de competencia que procuraba el Estado social (con su lógica, obviamente también, geopolítica de rivalidades de sistemas y de soberanías nacional-estatales de protección sobre su ciudadanía) en el modelo de contrato-consenso social y su corolario de consecuencias privatizadoras a cuyo fin aún no hemos asistido (como ya apuntaba hace tiempo Rodríguez Cabrero, 1991). ¿Dónde estarán los límites a estas fronteras del Estado asistencial? Creo que la respuesta no será económica, sino más bien política y social, es decir, un pacto en continua revisión entre sociedad política y sociedad civil, que impulsará nuevos protagonistas, resistencias y agentes sociales (Muñoz de Bustillo, 1989: 227).

En cualquier caso a las múltiples consecuencias del final de las fronteras

ideológicas entre Este comunista y Oeste capitalista hay un *reflotamiento de las tensiones Norte-Sur*, catapultadas a primer plano por el fracaso estructural de los modelos de crecimiento y desarrollo desplegados por los Movimientos de Liberación Nacional en los años sesenta y setenta, ligados en unos casos al bloque occidental y, en otros, al socialismo de Estado; así como a la inestabilidad de los mercados industriales y financieros de los *dragones* asiáticos (especialmente a finales de los noventa) o de las economías emergentes (ya con asiento en el G-20). Por cierto que, en este magma, la mayor parte de África se constituye como un continente a la deriva con las excepciones del Magreb y el mundo árabe, así como la joven República *multirracial* de Sudáfrica.

Ésta, sin duda, será, no el final de la historia, sino la continuación de muchas historias (entre ellas la de privilegiados contra desposeídos). No obstante, el profesor norteamericano Samuel P. Huntington (1993: 42-49) ha aportado un nuevo modelo normativo de relaciones internacionales tras el final de la Guerra Fría, que tiene la virtualidad de rechazar las tesis (desarrollada desde 1989) sobre el fin de la historia de Francis Fukuyama (1990: 85-96) y ampliar la reducida visión de los conflictos internacionales sólo como luchas socioeconómicas, a cambio de plantear un nuevo paradigma, a saber, que las fuentes principales de conflictos serán culturales, serán un choque de civilizaciones, que se convertirán

en el tipo de conflicto global dominante. En este sentido, las relaciones internacionales dominadas, hasta la fecha, por Occidente dejarán de estarlo y los que antes eran meros objetos comenzarán a ser actores y tomarán decisiones en tal sentido. Se refiere con ello, no sólo y especialmente al mundo islámico, sino a otras culturas y religiones.

La segunda tesis de Huntington matiza el proceso de globalización que contemplamos apostando por la formación de diferentes civilizaciones, por tanto no habrá una civilización universal, sino más bien la coexistencia —que no necesariamente convivencia— de diferentes civilizaciones. En buena lógica de este nuevo paradigma se derivarán múltiples y complicados choques civilizatorios que afectarán a las fronteras, a la circulación de personas, a la libertad de los capitales, al control de los recursos, etc. Un panorama, en fin, bastante poco halagüeño, aunque como era de esperar le han salido muchos detractores, y de todos los campos (Küng, 1991).

Así, esta visión fatalista del futuro, no sólo está siendo rechazada por una pequeña parte de la comunidad científica que habla de alianza de civilizaciones (Barreñada, 2006 y Naciones Unidas, 2007), sino que está siendo matizada por la realidad histórica. Es por ello que no se podría comprender cómo en un mundo de choque de civilizaciones puedan existir guerras intraculturales (Irán-Irak) o procesos de paz y acuerdo aunque

muy limitados (Israel-OLP). Igualmente el choque de civilizaciones, que debe de traer en la mochila de sus argumentos múltiples conflictos fronterizos o tectónica de placas, da por hecho que las civilizaciones sean culturas inmóviles y predeterminadas, cuando en realidad existen contradicciones y disidencias internas (Horrie y Chippindale, 1994: 177), así como gradaciones sobre cuál es el núcleo duro que define a esas civilizaciones.

Incluso habría que añadir —para matizar el *paradigma* de Huntington— que la historia no sólo está cargada de enfrentamientos y choques entre culturas, sino también de experiencias compartidas, de enriquecimiento y diálogo mutuos, de multiculturalidad e interculturalidad teológica, lingüística, estética, artística, etc., donde —aunque no sea el paradigma dominante existir—, existen. Quizá el mejor ejemplo de esto haya sido el Mediterráneo, donde a juicio de Braudel, se ha dado lo mejor y lo peor. Podría ser contemplado como una *frontera* o como un espacio compartido y de circulación (Braudel, 1987; Cano y Muñoz, 1997). En primer lugar, separa mundos geográficos, económicos y políticos y es nuestra visión actual, especialmente, desde Europa; en segundo, unía a través del mar esos mismos continentes, intereses comerciales y visiones (López Martínez, 2002: 530 y 531). Tal vez no sea aventurado señalar que deben existir más zonas de frontera que no lo fueron en el pasado, cuando hablar de estados-nación resultaba extraño como concepto y realidad

(creo que esos espacios se identifican con ciertos mares: Caribe, Filipinas, Indochina, Japón, Báltico, Negro, o lagos como el Victoria, etc.). Evidentemente han existido conflictos fronterizos o geopolíticos, pero también multiculturalidad, entrecruzamientos y mestizaje.

Algunos autores, más apegados a la seguridad global y los *think tank* de relaciones internacionales (Instituto Elcano, Foreign Policy Research Institute, Peace and Security Council, etc.) han preferido matizar a Huntington señalando que más bien habrá un *choque de poblaciones*, en el sentido ecológico y demográfico del término, es decir, un conflicto malthusiano: el tercer mundo creciendo en población, mientras ocurre lo contrario en el primer mundo; recursos y tecnologías de sociedades pobres incapaces de sostener a sus poblaciones, disputas por los recursos (energéticos, hídricos, alimentarios), etc., dando por sentado que todo ello generará problemas de fronteras y consecuentes guerras. Como nos señala Vandana Shiva (2004) estos análisis pueden seguir instalados no sólo en viejos paradigmas sino en una estrategia que se podría calificar –siguiendo un concepto del economista David Anisi (1995)– como de auténticos “creadores de escasez”, se llama a ésta como si fuese un cataclismo o un fenómeno natural inevitable, abortando de los análisis la responsabilidad y los intereses tras ciertas voluntades y decisiones que actúan ajenas al sufrimiento humano.

LA GLOBALIZACIÓN COMO NUEVA FRONTERA. PROSPECTIVA Y TERAPIAS PACIFISTAS

Se puede señalar que en el mundo actual vivimos algo parecido a un espejismo cartográfico, donde los territorios son ilusiones. Si fuésemos capaces de desprendernos de todos los tópicos aprendidos, si consiguiéramos alejarnos lo suficiente de la lógica tradicional del territorio, nos daríamos cuenta que conceptos como frontera, soberanía, competencia, jurisdicción o integridad territorial no son fenómenos naturales, o que, incluso, han quedado algo desfasados.

Posiblemente la explicación económica sea la más plausible, pero no la única: inmersos como estamos en los procesos de globalización es muy difícil que los Estados soberanos lleguen a controlar de manera efectiva el movimiento de capitales, trabajadores, mercancías, ideas o prácticas culturales, etc., resulta casi imposible que un Estado sea capaz de salvaguardar su homogeneidad cultural. De hecho, todos estos factores burlan el *sacrosanto* principio de la territorialidad.

En este sentido, los múltiples efectos de la mundialización confieren a los actores sociales (empresas transnacionales, organizaciones no gubernamentales, agentes de cambio y bolsa, etc.) una movilidad inédita; no sólo les emancipa del marco estatal o nacional, sino que se pone a su disposición los recursos para escapar de aquél. Esto ha suscitado y sigue

suscitando estrategias nuevas que trascienden las fronteras clásicas y se adaptan a modos de identificación múltiple, en las que no todos los ciudadanos pueden beneficiarse de esta tendencia globalizadora de igual manera. Lo señalamos a continuación, sobre todo, como la confirmación de un conjunto de variables relativamente nuevas (la globalización con el sentido de pretender ser una *nueva* frontera, lo que está más allá, la última colonización, un lugar por explorar, etc.), pero, también, apostando –precisamente porque no es una tarea acabada sino interpretativa– a que “otra globalización es posible” (Sampedro, 2003).

Por tanto, las fronteras tradicionales ya no designan como antes, de una manera diáfana, precisa y clara los contornos de la soberanía. Sin duda que continuará habiendo –y probablemente por mucho tiempo– conflictos territoriales y fronterizos digamos que *tradicionales*, pero cada vez más, el territorio dejará de ser el eje central del nuevo orden internacional, todavía más a medida que la retícula y el corolario que trae consigo la sociedad transnacional, que se está construyendo, se hagan más tupida y presente.

En realidad, nos encontramos ante un mundo mucho más complejo e intrincado de lo que parece, en el cual los viejos conceptos están siendo sustituidos por nuevos. Por ejemplo, sin la pretensión de ser exhaustivo, éste podría ser parte del paisaje futuro, o de una posible prospectiva (cargada de algunas terapias) del mundo en el siglo XXI:

1. *Se incrementará la circulación e intensidad de la información:* especialmente de la información por ondas y electrónica, como las parabólicas o la red internet (y todo su mundo asociado). Especialmente en el caso de internet, está teniendo consecuencia para la difusión de culturas y valores de unos extremos a otros del Planeta, sin que existan demasiados impedimentos políticos para evitarlo (Ayala, 2001; Chadwik, 2006; Oates, 2006), quizá sólo técnicos o económicos, que en cualquier caso serán fácilmente superables (Ramonet, 1997). Todo ello abrirá unas posibilidades enormes, ya lo está haciendo, tanto para la expansión capitalista, como para sus resistencias civiles, para la caída de regímenes dictatoriales o para nuevas expresiones de la ciudadanía.
2. *Proseguirá el intervencionismo humanitario (y no tan humanitario) de carácter bélico:* que resultará muy polémico, puesto que seguirá siendo un instrumento de cierto “imperialismo filantrópico” de los ricos sobre los pobres y un claro exponente de la utilización de la “fuerza contenida” ante la incapacidad de resolver los conflictos de forma pacífica (Luis de Sebastián, 1996). No obstante, sus consecuencias serán quebrar, aún más, el más elemental principio de soberanía estatal-territorial, permitiendo la injerencia en los asuntos internos, en ocasiones de buena fe (derechos humanos, democracia, etc.), en otras con claras pretensiones geopolíticas (seguridad

- global, terrorismo internacional, estados fallidos, recursos, dominio, etc.), lo que seguirá produciendo dilemas (Jokic, 2003; Holzgrefe y Owen, 2005, Weiss, 2012).
3. *Se incrementarán los efectos de la mundialización y transnacionalización de la economía* (especialmente de capitales y mercancías): ofreciendo efectos convulsivos al sistema bursátil y financiero mundial por la volatilidad de estos mercados. Se afianzará la idea de que el capital no tiene fronteras, no tiene patrias, sólo mercados. Igualmente, persistirán la fuga de industrias a la búsqueda de mercados de trabajo con menores costes y se incrementarán las bolsas de pobreza no sólo en el Sur, sino también en el Norte económico. No obstante, los inversores seguirán teniendo como referencia esencial las economías productivas y no las especulativas (Vidal, 1996 y Pérez, 2004).
 4. *Aumentará el número de mercados regionalizados*: sin rechazar la tesis anterior, se producirá el efecto de un mundo formado por archipiélagos comerciales relativamente autosuficientes. La Unión Europea (UE), el Tratado de Libre Comercio (TLC), el área del Asia-Pacífico, etc., son ya ejemplos de este tipo. En estos archipiélagos se formarán economías de escala, altamente interdependientes pero asimétricas y jerarquizadas unas de otras. No obstante este último término de la proposición no es nada concluyente, puesto que los efectos no son siempre unidireccionales.
 5. *Persistirán los efectos negativos de la economía capitalista sobre el medio ambiente*: de hecho ya se han demostrado las posibilidades de agotamiento de los recursos en los que están basados actualmente el modelo de desarrollo y de los efectos destructivos sobre el planeta, como nos lleva señalando John Gribbin (1987) (efecto invernadero, gases contaminantes, mareas negras, destrucción de la Amazonia, los efectos negativos de la energía nuclear en Chernobil o Fukushima, o de la utilización de la química incontrolada como Bhopal o Seveso). Esto, no obstante, nos hará más partícipes de un único mundo, más concienciados y más solidarios en las desgracias y, tal vez, como ya dijeran Andrew Dobson (1997) y Brian Martin (2001), alumbrando posibilidades de cambios positivos para el futuro.
 6. *Persistirá sin dismantelar, o incontrolado por la ciudadanía, el armamento nuclear*: no sólo en las grandes potencias (China, Rusia, USA, Francia), sino en otros países (India, Pakistán, Sudáfrica, Israel). Igualmente se alimentará el peligro de que alguna ex república soviética venda tecnología a terceros países o que se juegue con esta energía para aumentar el peso político en el mundo de futuras potencias emergentes, como parte del juego geopolítico de dominar sin presencia real en un territorio. Asimismo, a pesar de la moratoria nuclear (TNP) es posible que se sigan experimentando lanzamientos

(como Mururoa); persistan fallos de control (futuras Chernobil). Esta visión negativa puede invertirse, con relativa facilidad, si la presión ciudadana toma la iniciativa solicitando más y mayor información, la utilización de energías inagotables, así como modelos de defensa alternativos (defensa civil sin armas).

7. *Proseguirá el riesgo de pandemias porque las fronteras no podrán controlar ese intercambio.*

Ya lo fue en el pasado medieval (peste) y moderno con las conquistas coloniales (viruela), etc. Nuevos virus y mutaciones bacterianas llegarán antes, de una parte a otra del planeta, gracias a la nueva concepción de las fronteras. Los organismos internacionales de la salud y la prevención habrán de tener en cuenta esta movilidad porque la concienciación ante estos problemas no vendrá por el cierre de fronteras, sino por el control médico, la eliminación de las desigualdades en materia sanitaria y la prevención de catástrofes. Prevención y ayuda serán parte de la terapia para el futuro (*Informe sobre la salud en el mundo 2003*).

8. *Persistirán las nuevas migraciones del Sur al Norte: serán inevitables si perduran algunos de los valores occidentales de economía de mercado como el único modelo de desarrollo posible (Galtung, 1995: 293), y si la vida material en el tercer mundo tiene consecuencias de miseria, pobreza y dependencia. Este fenómeno acentuará*

sociedades multiculturales, transfronterizas o, tal vez, híbridas como dijera García Canclini. En cualquier caso, en términos de fronteras, resultará imposible evitar dicho fenómeno y su tendencia a controlarlo será más elevado en costes monetarios (muros, controles fronterizos, políticas restrictivas de inmigración, más policía) que los intercambios comerciales más justos (Blandin, 2010: 116 y 117).

9. *Se consolidará el expansionismo de los valores de los derechos humanos (frente a todas las manifestaciones de barbarie) y la exigencia de justicia: como instrumento de control de la política de los gobiernos, como galaxia en expansión, como referente. Nuevos paradigmas (justicia penal internacional y transicional, comisiones de la verdad, procesos de peacebuilding y reconciliación, Ong's transnacionales con mentalidad global, etc.) para comprender y criticar al mundo y la actuación de los gobiernos; también para buscar los remedios y las terapias a ese mundo. Consecuencia de ello será una mayor ampliación del concepto de ciudadanía a sectores tradicionalmente marginados. Será un proceso lento, pero de una gran fuerza histórica por cuanto el relativismo cultural poco puede hacer para minar lo mucho de humanos que se recoge en la carta de 1948.*

10. *Se incrementará el número de foros e instancias que faciliten el acercamiento y el diálogo entre los pueblos y sus culturas: de hecho, la cultura*

del diálogo –aunque muy lentamente– acabará siendo una realidad más allá de lo instrumental (ética universal *sic.* Küng, 1991), no sólo como deseo, sino como salida a muchos conflictos perfectamente evitables por cuanto se basan en percepciones enfrentadas. Extensión de ello, seguirán siendo los foros sociales mundiales, los foros culturales, las cumbres alternativas, etc., esto de parte de la sociedad civil de naturaleza transnacional. Algunas cosas han de cambiar en el sistema de Naciones Unidas, para ganar legitimidad y eficacia. También continuarán los foros de las élites (Foro Davos, G-20, OTAN, etc.), en declive, pues se incrementarán las tensiones internas, consecuencia de apetitos desmesurados y de recomposiciones producidas por el efecto globalización.

11. *La democracia sin fronteras –no exactamente el modelo occidental– sino el corolario de libertades, derechos y conceptos de dignidad, justicia, igualdad, etc., asociadas a las necesidades básicas humanas y a los niveles de desarrollo humano:* acabarán por convertirse en exigencias mínimas, en peticiones que estarán asumidas por todos los colectivos, agentes sociales, movimientos sociales, etc.; que ejercerán la suficiente presión sobre los gobiernos y sobre las agencias internacionales para acabar de romper algunas de las viejas fronteras Norte y Sur. Muchas tiranías caerán y no necesariamente mediante la lucha armada sino por la resistencia civil no-violenta, como ya hemos

podido comprobar en un siglo de luchas no armadas (Schock, 2005) y de los últimos acontecimientos en países árabe-islámicos, tanto las revoluciones en Túnez, Egipto, Yemen y Libia, como las protestas en Argelia, Líbano, Baréin, Jordania, Marruecos, Siria, etc. (Ben Mhenni, 2011; Lluís Bassets, 2012; Olga Rodríguez, 2011 y 2012), como, en general, las *revoluciones de colores* (Roberts y Ash, 2009; Chenoweth y Stephan, 2011; Mitchell, 2012). Evidentemente será un camino largo y penoso, pero será una consecuencia más de la globalización (en positivo). No quiero decir con ello que no asistiremos a nuevas escaladas de la barbarie; sin embargo, esas serán fruto de tratar de imponer criterios de minorías sobre mayorías que solicitan niveles de equidad que les permitan sobrevivir.

12. *Persistirá la pugna epistemológica, socio-política, cultural, etc., entre David y Goliat:* como metáfora, en muchas ocasiones, dicotómica de la manera de interpretar pero, sobre todo, de vivir en el mundo. Duelos y desafíos entre realismo e idealismo, entre violencia(s) y la fuerza de la vida, entre militarismo y pacifismo, entre sistemas autoritarios y democracias sociales, entre sistema patriarcal y culturas de género, entre guerras y métodos alternativos de conflictos, entre industrialismo-tecnologicismo y preservación de la Naturaleza, entre elitismo económico e intereses transnacionales y movimientos de necesidades humanas

básicas, entre qué ciencia y conocimiento construir y para qué o quiénes, etc. Estas luchas y desafíos han trascendido ya las fronteras nacionales internas y se han trasladado, en términos físicos y metafóricos, al campo global. “El aleteo de las alas de una mariposa se puede sentir al otro lado del mundo” (proverbio chino). La teoría del caos puede ayudar a comprender cómo muchos David, nos ayudan a pensar cómo enfrentar los desafíos caóticos de la nueva globalización (Goliat).

CONCLUSIONES

Viejas fronteras se caen y nuevas fronteras aparecen. Es una constante en la humanidad. Pero, ¿qué ha venido cambiando en el mundo tras la caída del Muro de Berlín? Era evidente que el Muro era un gran confin, no sólo físico sino ideológico. Con esa frontera era muy difícil que se abriera paso una idea completa de humanidad, de un solo planeta, de una casa común. El Muro era la gran metáfora de la existencia de las fronteras y las soberanías nacionales (y de bloques), un mundo que se inauguró con el sistema de Westfalia pero que fue cambiando con el expansionismo europeo, el imperialismo, el nacimiento del socialismo de estado y las guerras mundiales. El Muro simbolizaba, en una sola pieza, las dos tendencias históricas contemporáneas: la persistencia de la nación-estado y el imperialismo geo-ideológico.

Este salto hacia la idea y la concepción de una sola humanidad nos está permitiendo hablar de ciudadanía universal, derechos para todos y todas, sociedad civil internacional, ética global de mínimos e intervenciones civiles en conflictos internacionales (López Martínez, 2008). ¿Qué potencial positivo puede tener todo esto? Es difícil decir, pero sí se puede afirmar que es un fenómeno paralelo al avance de la globalización. Se asemeja a la metáfora histórico-bíblica de David frente a Goliat.

Desde la no-violencia, no es sólo actuar y pensar el mundo como sustitutivo (y reductivo) de todas las formas de violencia (física, estructural y cultural) que los estados-nación y la globalización generan (las externalidades de sus sistemas), sino como una alternativa más *humanizante*, como un proceso de apuesta por la pervivencia de la vida, la diversidad, la alteridad. El realismo político nunca llegó a predecir la caída del Muro o, cuando analizó este hecho trascendental en nuestra historia reciente, lo atribuyó sólo a la política agresiva militar-industrial de Estados Unidos de Norteamérica frente a la URSS. Sin embargo, el Muro se derribó cuando miles y miles de personas dejaron de obedecer, se resistieron a admitir que su mundo no cambiaría, cuando se convirtieron en desobedientes civiles. Todo ello es mucho más que la suma de individualidades que deconstruyeron mentalmente fronteras físicas e ideológicas, eran millones que cambiaron sus propias vidas, aún sin conocer lo que les depararía el futuro.

Llegó la corta etapa del optimismo, antes de la expansión del “pensamiento único”, para volver a caer en el pesimismo, tan del agrado del realismo político, tomado en términos de seguridad y defensa frente a las amenazas globales, levantando nuevas fronteras que, una vez más, se enfrentaban a las ansias de libertad y derechos de millones de personas en todo el planeta. Otra vez la lucha David frente a Goliat. Pero la forma en que el Muro cayó y desde una tipología no-violenta (o, tal vez, mejor decir no armada), inauguraba (en mi caso reafirma el nacimiento de la *satyagraha* gandhiana de 1906) la existencia de un paradigma diferente con el quehacer de la historia. Lucha, liberación, resistencia, disuasión no-violentas, rompiendo las fronteras de la lucha armada (estatal o subversiva), de la socialización del sufrimiento para abordar auténticos cambios socio-políticos y civilizatorios.

Desde el punto de vista no-violento, esto significaba la caída de las fronteras que habían venido legitimando todas las formas de violencia para el mantenimiento del *statu quo*. ¿Significa esto la emergencia de una *nueva* civilización humana que es capaz de prescindir de la violencia para desarrollarse como cultura? Si la respuesta es en un tiempo corto sería muy atrevido decir que sí. ¿Pero y en un tiempo largo? La respuesta es afirmativa por cuanto la última frontera por derribar tiene una relación muy directa con la capacidad de la humanidad, como humanidad, de reducir el sufrimiento y las violencias hacia sus semejantes. Las diversas

ecuaciones están planteadas, las soluciones a las mismas son de nuestra incumbencia y responsabilidad, sólo esto es posible si así nos lo creemos. Las soluciones, como las fronteras a las que nos hemos venido refiriendo, están allí donde nuestra voluntad quiere ponerlas. Ese es un carácter tan potencial y epistémico que no deberíamos negarlo. En un solo mundo, de territorialidad finita, las fronteras por derribar están, en gran media, en los viejos paradigmas que aún se resisten a morir y el despliegue de los nuevos que aún no han alcanzado la suficiente madurez.

Todas estas observaciones, para un sistema complejo como nuestra humanidad y con la cantidad de variables que se pueden manejar, resultan limitadas a un horizonte de predicción. Cualquier cambio significativo en uno o más parámetros de los mencionados nos puede ofrecer una variación sustantiva en los efectos del conjunto del sistema. Con ese límite práctico y falible nos hemos movido y así hay que entender la interpretación de las predicciones. Entre el deseo (deber ser) y la realidad (ser) puede haber una gran distancia, sin embargo, muchos humanos están trabajando para que se acorte ese umbral, desde el enfoque de humanizar a la humanidad (López Martínez, 2006).

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

Álvarez, Ignacio (1993), *Diversidad cultural y conflicto nacional*, Madrid, Talasa.

- Amin, Samir (1989), *El eurocentrismo. Crítica de una ideología*. México, Siglo XXI.
- Anisi, David (1995), *Creadores de escasez: del bienestar al miedo*, Madrid, Alianza.
- Arango, Joaquín (1994), “La «cuestión migratoria» en la Europa de fines del siglo XX”, en Jordi Nadal (coord.) *El mundo que viene*, Madrid, Alianza, pp. 63-94.
- Aron, Raimond (1985), *Paz y guerra entre las naciones. I. Teoría y sociología*, Madrid, Alianza.
- Ayala, Mariblanca (2001), *Internet: otro inmigrante indocumentado en territorio venezolano*, Caracas, Ed. Universidad Católica Andrés Bello.
- Balibar, Etienne e Immanuel Wallerstein (1991), *Raza, nación y clase*, Madrid, Iepala.
- Barahona de Brito, Alexandra; Paloma Aguilar y Carmen González (eds.) (2002), *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*, Madrid, Istmo.
- Barreñada, Isaías (2006), *Alianza de civilizaciones: seguridad internacional y democracia cosmopolita*, Madrid, Ed. Complutense e ICEI.
- Bassets, Lluís (2012), *El año de la revolución*, Madrid, Taurus.
- Ben Arrous, Michel y Lazare Ki-Zerbo (eds.) (2009), *African Studies in Geography from Below*, Dakar, Codesria.
- Ben Mhenni, Lina (2011), *La revolución de la dignidad*, Barcelona, Destino.
- Blandin, Claire (ed.) (2010), *Atlas de las migraciones. Las rutas de la humanidad*, Madrid, Le Monde Diplomatique Ediciones.
- Boulden, Jean (2003), *Dealing with Conflict in Africa*, New York, Palgrave MacMillan.
- Bovet, Philippe, Philippe Rekacewicz y Agnès Sinaï (2008), *Atlas Medioambiental. Lo que amenaza al planeta y las soluciones para salvarlo*, Madrid, Le Monde Diplomatique ediciones.
- Braudel, Fernand (1987), *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Brodie, Bernard (1978), *Guerra y política*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Cano, María José y Francisco Muñoz (eds.) (1997), *Hacia un mediterráneo pacífico*, Granada, Universidad de Granada-Instituto de la Paz y los Conflictos.
- Cassese, Antonio (1991), *Los derechos humanos en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Ariel.
- Cauchy, Venant (1992), “Las sociedades contemporáneas y la violencia original”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, París, Unesco, no. 132, pp. 197-204.

- Chadwick, Andrew (2006), *Internet politics: states, citizens, and new communication technologies*, New York, Oxford University Press.
- Chapman, Bert (2011), *Geopolitics. A Guide to the Issues*, Santa Barbara, ABC-CLIO LLC.
- Chenoweth, Erica y Maria Stephan (2011), *Why Civil Resistance Works: The Strategic Logic of Nonviolent Conflict*, New York, Columbia University Press.
- Chesnais, Jean-Claude (1992), “Historia de la violencia: el homicidio y el suicidio a través de la historia”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*. París, Unesco, no. 132, pp. 205-223.
- Cheterian, Vicken (2009), *War and Peace in the Caucasus. Ethnic Conflict and the New Geopolitics*, New York, Columbia University Press.
- Chomsky, Noam (1991), “El sistema de los 500 años y el Nuevo Orden Mundial”, en *El nuevo orden mundial o la conquista interminable*, Tafalla, Txalaparta.
- Churchill, Winston (1962), *Frontiers and War*, Londres, Eyre & Spottiswoode.
- Cowen, Deborah y Emily Gilbert (eds.) (2008), *War, Citizenship, Territory*, Nueva York, Routledge.
- Cueva, Marcos (2006), *Violencia en América Latina y el Caribe: contextos y orígenes culturales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Denis, Jean-Pierre, Laurent Greilsamer, y Blanca Azcárate (2010 a), *Atlas de las civilizaciones. Comprender el presente a la luz del pasado*, Le Monde Diplomatique Ediciones.
- Denis, Jean-Pierre y Alain Frachon (2010 b), *El atlas de las religiones. Las claves de la geopolítica*, Madrid, Le Monde Diplomatique Ediciones.
- Denis, Jean-Pierre y Greilsamer, Laurent (eds.) (2011), *El atlas de las mundializaciones*, Madrid, Le Monde Diplomatique Ediciones.
- Denis, Jean-Pierre y Nouchi, Franck (2012), *Atlas de las minorías*, Madrid, Le Monde Diplomatique Ediciones.
- Dobson, Andrew (1997), *El pensamiento político verde. Una nueva ideología para el siglo XXI*, Barcelona, Paidós.
- Doyle, Michael (1986), *Empires*, Nueva York, Cornell University Press.
- Fermoso, Paciano (ed.) (1992), *Educación intercultural: la Europa sin fronteras*, Madrid, Narcea.
- Fernández, Francisco (1995), *La barbarie. De ellos y de los nuestros*, Barcelona, Paidós.
- Fletcher, John y Alfonso Ropero (2008), *Historia general del Cristianismo*, Barcelona, Editorial Clie.

- Florentin, Manuel (1994), *Guía de la Europa negra. Sesenta años de extrema derecha*, Barcelona, Anaya & Mario Muchnik.
- Fukuyama, Francis (1990), “¿El fin de la historia?”, en *Claves de razón práctica*, no. 1, p. 85-96.
- Funari, Pedro y Andrés Zarankín (2006), *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina (1960-1980)*, Córdoba, Encuentro Grupo Editor.
- Galtung, Johan (1993), *Buddhism: A quest for unity and peace*, Vishvalekha Sarvodaya, Colombo.
- Galtung, Johan (1995), “Veinticinco tesis acerca de la teoría y práctica del desarrollo”, en *Investigaciones teóricas. Sociedad y cultura contemporáneas*, Madrid, Tecnos.
- García Canclini, Néstor (2001), *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Barcelona, Paidós.
- Glover, Jonathan (2001), *Humanidad e inhumanidad. Una historia moral del siglo XX*, Madrid, Cátedra.
- Gribbin, John (coord.) (1987), *El planeta amenazado*, Madrid, Pirámide.
- Guibernau, Montserrat (1996), *Los nacionalismos*, Barcelona, Ariel.
- Gutman Roy y David Rieff (2003), *Crímenes de guerra. Lo que debemos saber*, Barcelona, Debate.
- Hobsbawm, Eric J. (1991), *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica.
- Holzgrefe, John y Robert Owen (2005), *Humanitarian intervention: Ethical, legal and political dilemmas*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Horrie, Chris y Peter Chippindale (1994), *¿Qué es el Islam?*, Madrid, Alianza Editorial.
- Howard, Marc Morjé (2003), *The Weakness of Civil Society in Post-Communist Europe*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Huntington, Samuel (1993), “The Clash of Civilizations?”, en *Foreign Affairs*, vol. 72, no. 3, pp. 22-49.
- ILDIS (Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales) (1978), *El control político en el Cono Sur*, México, Siglo XXI.
- Informe sobre la salud en el mundo 2003: Forjemos el futuro*, Ginebra, OMS.
- Jokic, Aleksandar (ed.) (2003), *Humanitarian Intervention: Moral and Philosophical Issues*, Nueva York, Broadview Press.

- Kirsch, Scott y Colin Flint (eds.) (2011), *Reconstructing conflict. Integrating war and post-war geographies*, Burlington, Ashgate Publishing Company.
- Ki-Zerbo, Joseph (1980), *Historia del África negra. 2. Del siglo XIX a la época actual*, Madrid, Alianza.
- Ki-Zerbo, Joseph y Djibril Niane (eds.) (1997), *General History of Africa. IV*, Berkeley, University of California Press.
- Krippendorff, Ekkhart (2003), *L' arte di non essere governati. Politica ed etica da Socrate a Mozart*, Roma, Fazi.
- Küng, Hans (1991), *Proyecto de una ética mundial*, Madrid, Trotta.
- López, Mario (2002), "Construction d'un agenda de paix pour la Méditerranée (Reflexions et thérapies pacifistes) » en Manuel Jaén y F. Martínez (eds.), *La Méditerranée: confluence de cultures*, París, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, pp. 529-541.
- (2004), *Enciclopedia de paz y conflictos*, Granada, Universidad de Granada, 2 tomos.
- (2006), *Política sin violencia. La no-violencia como humanización de la política*, Bogotá, Uniminuto.
- (ed.) (2008), *Ciudadanos en pie de paz. La sociedad civil ante los conflictos internacionales: desafíos y respuestas*, Granada, Universidad de Granada.
- Loth, Wilfried (1988), *The division of the world, 1941-1955*, Londres, Routledge.
- Martin, Brian (2001), *Nonviolence versus capitalism*, Londres, War Resisters' International.
- Martínez Hincapié, Carlos E. (2011), *Los nuevos movimientos sociales y cambio de paradigmas en el último siglo a través de la lógica de la no-violencia*, Granada, tesis doctoral (dirigida por Mario López Martínez).
- Mires, Fernando (1988), *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*, México, Siglo XXI.
- Mishra, Ramesh (1992), *El Estado de bienestar en crisis. Pensamiento y cambio social*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Mitchell, Lincoln A. (2012), *The color revolutions*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- Muñoz de Bustillo, Rafael (comp.) (1989), *Crisis y futuro del estado de bienestar*, Madrid, Alianza.
- NACIONES UNIDAS (2007), *Alianza de Civilizaciones: Informe del Grupo de Alto Nivel (13 de noviembre de 2006)*, Nueva York, Naciones Unidas.

- Oates, Sarah, Diana Owen y Rachel Gibson (2006), *The internet and politics: Citizens, voters and activists*, Nueva York, Routledge.
- Ofstad, Harald (1989), *Our contempt for weakness: Nazi and values and our own*, Stockholm, Almqvist & Wiksell International.
- Panorama social de América Latina (2005), Santiago de Chile, Cepal-ONU.
- Peñas, Francisco Javier (1997), *Occidentalización, fin de la Guerra Fría y relaciones internacionales*, Madrid, Alianza.
- Pérez, Carlota (2004), *Revoluciones tecnológicas y capital financiero. La dinámica de las grandes burbujas financieras y las épocas de bonanza*, México, Siglo XXI.
- Pizarro, Eduardo (2004), *Una democracia asediada: Balance y perspectivas del conflicto armado en Colombia*, Bogotá, Norma.
- Pontara, Giuliano (2006), *L'antibarbarie. La concezione ético-politica di Gandhi e il XXI secolo*, Turín, EGA.
- Prescott, John Robert (1978), *Boundaries and Frontiers*, Totowa, Rowman and Littlefield.
- Ramonet, Ignacio (1997), *Un mundo sin rumbo. Crisis de fin de siglo*, Madrid, Debate.
- Reno, William (1999), *Warlord Politics and African States*, New York, Lynne Rienner Publishers.
- Roberts, Adam y Timothy Ash (2009), (eds.), *Civil resistance and power Politics: The Experience of Non-violent Action from Gandhi to the Present*, Oxford, Oxford University Press.
- Rodríguez, Olga (2011), *Karama. Las revoluciones árabes*, Barcelona, Debate.
- Rodríguez, Olga (2012), *Yo muero hoy. Las revueltas en el mundo árabe*, Barcelona, Debate.
- Rodríguez, Francisco (2010), *El reloj de la historia. Homo sapiens, Grecia antigua y mundo moderno*, Barcelona, Ariel.
- Rodriguez, Gregorio (comp.) (1991), *Estado, privatización y bienestar. Un debate de la Europa actual*, Barcelona, Icaria-Fuhem.
- Ruiz, José Ángel (ed.) (2010), *Balcenes. La herida abierta de Europa*, Villaviciosa de Odón, Plaza y Valdés.
- Saint-Exupéry, Antoine (1978), *El principito*, Madrid, Alianza.
- Sampedro, José Luis (ed.) (2003), *Un mundo para todos: otra globalización es posible*, Barcelona, Icaria.

- Sandoval Forero, Eduardo y Robinson Salazar Pérez (coords.) (2003), *América Latina: conflicto, violencia y paz en el siglo XXI*, México, Libros en Red.
- Santana, Adalberto (2004), *El narcotráfico en América Latina*, México, Siglo XXI.
- Sebastian, Luis de (1996), *La solidaridad. «Guardián de mi hermano»*, Barcelona, Ariel.
- Schock, Kurt (2005), *Unarmed Insurrections. People power in nondemocracies*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Shiva, Vandana (2004), *Las guerras del agua: contaminación, privatización y negocio*, Barcelona, Icaria.
- Sipri (2009), *Sipri Yearbook 2009: Armaments, disarmament and international security*, Estocolmo, SIPRI.
- Smith, Anthony (1997), *La identidad nacional*, Madrid, Trama.
- Ternon, Ives (1995), *El Estado criminal. Los genocidios en el siglo XX*, Barcelona, Península.
- Tilly, Charles (1992 a), *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*, Madrid, Alianza.
- (1992 b), “Prisioneros del Estado”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, París, Unesco, no. 133, pp. 351-365.
- Torres, Juan (1995), *Desigualdad y crisis económica. El reparto de la tarta*, Madrid, Sistema.
- Torres, Juan (coord.) (1996), *Pensiones públicas: ¿y mañana qué?*, Barcelona, Ariel.
- Tucídides (1989), *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, Akal.
- Vidal, José María (1996), *Mundialización. Diez tesis y otros artículos*, Barcelona, Icaria.
- Vinuesa, Arturo (2002), *El conflicto de los Balcanes y la seguridad común europea*, Madrid, Fundamentos.
- Wakeman, Rosemary (ed.) (2003), *Themes in modern european history since 1945*, London, Routledge.
- Wallerstein, Immanuel (1984), *El moderno sistema mundial*, Madrid, Siglo XXI.
- (2005), *La decadencia del poder estadounidense*, México, Colección Ediciones Era.
- Walter Berg, Hans (1982), “Indochina en pleno cambio de las constelaciones de poder”, en Walter Benz y H. Graml, *El siglo XX. III. Problemas mundiales entre los dos bloques de poder*, Madrid, Siglo XXI.
- Weiss, Thomas (2012), *Humanitarian Intervention*, Cambridge, Polity Press.